

de juntar soldados de todas naciones, corren de país en país; llevan tras sí la desolacion y la muerte, prostituyen su valor á la potencia que los compra, dispuestos á combatir contra ella al menor descontento. Ved aquí cual es en el día el recurso y la esperanza de Atenas. Declarada que es la guerra, el pueblo acostumbrado á las dulzuras de la paz, y temiendo las fatigas de la campaña, exclama á una voz: que se hagan venir diez mil, veinte mil extrangeros. Nuestros padres hubieran temblado de indignacion al oír estos gritos indecentes; pero el abuso se ha hecho uso, y el uso ha llegado á ser ley.

Sin embargo, le dije, si entre estas tropas venales, se hallasen muchas capaces de disciplina, incorporándolas con las vuestras, las obligariais á celarse mutuamente, y quizá excitariais entre ellas una util emulacion. — Si nuestras virtudes, me respondió, tienen necesidad de espectadores, ¿por qué irlos á buscar fuera del seno de la república? Por una institucion admirable, los individuos de una misma tribu, de un mismo distrito, están alistados en la misma cohorte, en el mismo escuadron, marchan y combaten al lado de sus parientes, de sus amigos, de sus vecinos y de sus rivales. ¿Qué soldado se atreveria á cometer una vileza delante de testigos tan temibles? A su regreso,

¿ cómo podria sufrir las miradas que le llenarian de confusion?

Despues de haberme hablado Apolodoro del lujo escandaloso que los oficiales, y hasta los mismos generales, empezaban á introducir en los ejércitos, le pregunté qué sueldo se daba á los de infantería y á los de caballería. Eso, me respondió, ha variado segun los tiempos y lugares. He oido decir á los viejos que sirvieron en el asedio de Potidea sesenta y ocho años hace, que entonces se daba al oplita dos dracmas* diarios para él y para el criado; pero esta era una paga extraordinaria que dejó exhausto el erario. Cerca de veinte años despues fué preciso despedir un cuerpo de tropas ligeras, que se habian mandado venir de Tracia, porque exigian la mitad de este sueldo.

La paga ordinaria de un oplita es en el día de cuatro óbolos al día, ó veinte dracmas al mes**. Por lo comun se da el doble al gefe de una cohorte, y el cuádruplo al general. Hay á veces circunstancias que obligan á reducir la suma á la mitad; porque entonces se supone que esta ligera retribucion basta para proporcionar viveres al infante, y que el reparto del botin completará el sueldo.

* Una libra y diez y seis sueldos: (6 rs. y 24 mrs.).

** Cerca de doce sueldos al día: (2 rs. y 8 mrs.).

La paga del soldado de caballería es en tiempo de guerra, y según las ocasiones, el duplo, triplo ó cuádruplo de la del infante. En tiempo de paz, en que cesa todo sueldo, se le dan para mantener el caballo cerca de diez y seis dracmas por mes*; lo que cuesta al tesoro público cerca de cuarenta talentos anuales**.

No se cansaba Apolodoro de satisfacer á mis preguntas. Antes de partir, añadió, se manda á los soldados tomar víveres para algunos días. Después toca á los generales proveer el mercado de las provisiones necesarias. Para llevar el bagage hay cajones, bestias de carga y esclavos. Los soldados están obligados á veces á cargar con él.

Ahora queréis saber cual es la costumbre de los Griegos en orden á los despojos del enemigo. Siempre se miró como una de las prerogativas del general el derecho de disponer de ellos, ó repartirlos. Durante la guerra de Troya eran puestos á sus pies: él se reservaba una parte, y distribuía la otra, ya á los gefes, ya á los soldados. Ochocientos años después, arreglaron los generales la repartición de los despojos ganados á los Persas en la batalla de Platea, distribuyén-

* Cerca de catorce libras y ocho sueldos : (53 rs. y 22 mrs.).

** Doscientas diez y seis mil libras : (804,706 rs. vn.).

dolos entre los soldados, después de haber separado una parte de ellos para adornar los templos de la Grecia, y dar los premios debidos á los que se habían distinguido en el combate.

Desde aquel tiempo hasta nuestros días se ha visto sucesivamente á los generales de la Grecia enviar al tesoro público las sumas procedentes de la venta del botín, destinarlas á las obras públicas, ó al adorno de los templos, enriquecer á sus amigos ó á sus soldados; enriquecerse ellos mismos, ó á lo menos recibir la tercera parte, que en algunos países les está señalada por un uso constante.

No hay entre nosotros una ley que restrinja la prerogativa del general; y así es que usa mas ó menos de ella, según es mas ó menos desinteresado. Todo lo que el Estado exige de él es que, si puede ser, mantenga las tropas á expensas del enemigo, y que hallen en la repartición de los despojos un suplemento al sueldo, cuando las razones de economía obligan á disminuirle.

Los días siguientes se destinaron al ejercicio de las tropas. Omitiré el hablar de todas las maniobras de que fui testigo; porque no daría mas que una descripción imperfecta é inútil á mis lectores; y así haré solamente algunas observaciones generales.

Cerca del monte Anquesmo hallamos un cuer-

po de mil y seiscientos hombres de infantería pesadamente armados, ordenados en diez y seis de fondo, y ciento de frente, ocupando cada soldado un espacio de cuatro codos*. Se juntaba á este cuerpo un determinado número de armados á la ligera.

Los mejores soldados estaban en las primeras filas y en las últimas, y en especial los gefes de las filas y los cabos eran todos hombres distinguidos por su bizarría y experiencia. Mandaba los movimientos uno de los oficiales. ¡Tomen las armas! decia en voz alta. ¡Criados, salid de la falange! ¡Pica arriba! ¡Pica abajo! ¡Estrechen las filas! ¡Alinearse! ¡Tomen las distancias! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Pica ante el escudo! ¡Marchen! ¡Alto! ¡Doblen las filas! ¡Estrecharse! ¡Evolucion lacedemonia! ¡Estrecharse! etc.

A la voz de este oficial se veia á la falange sucesivamente abrir sus filas y sus claros, cerrarlas, y estrecharlas de modo que no ocupando el soldado mas espacio que un codo*, no podia volverse ni á la derecha ni á la izquierda: unas veces presentaba una linea continuada, otras cortada en partes iguales, cuyos intervalos lle-

* Cinco pies y ocho pulgadas: (6 pies y 6 pulgadas de España).

** Diez y siete pulgadas: (cerca de 20 pulgadas de España).

naban algunas veces los armados á la ligera. Ultimamente, por medio de las evoluciones prescritas, se la veia tomar todas las formas de que era susceptible, y marchar formada en columna, en cuadro perfecto, en cuadrilongo, sea de centro vacio, sea de lleno, etc.

Mientras se hacian estos movimientos daban golpes á los soldados indóciles ó descuidados. Esto me sorprendió en extremo, por cuanto entre los Atenenses está prohibido golpear aun á los esclavos. De aquí inferí yo que entre las naciones civilizadas, la deshonra pende mas algunas veces de ciertas circunstancias, que de la naturaleza de las cosas.

Apenas se habian acabado estas maniobras, cuando vimos á lo lejos levantarse una nube de polvo. Los puestos avanzados anunciaron la proximidad del enemigo, que era otro cuerpo de infanteria que acababa de hacer el ejercicio en el liceo, y se habia determinado poner á las manos con el primero, para ofrecer la imagen de un combate. Al punto gritan al arma: los soldados corrieron á tomar sus puestos, y las tropas ligeras se pusieron en la retaguardia. Desde allí es de donde arrojan al enemigo flechas, dardos y piedras, que pasan por encima de la falange*.

* Onasandro dice que en los combates fingidos los opli-

Entre tanto los enemigos venian á paso redoblado, con la pica al hombro derecho. Sus tropas ligeras se aproximaron con grande algazara; y habiendo sido rechazadas y puestas en fuga, las reemplazaron los oplitas, quienes se detuvieron á tiro de dardo. En este momento reina en las dos lineas un silencio profundo. La trompeta da luego la señal. Los soldados cantan el himno del combate en honor de Marte. Bajan sus picas; algunos pegan con ellas sobre sus escudos; todos corren alineados y en buen orden. Para redoblar su ardor, da el general la voz del combate; y todos repiten mil veces despues de él: ¡eleleu! ¡eleleu! La accion pareció muy viva, los enemigos fueron dispersados, y nosotros oimos en nuestro pequeño ejército resonar por todas partes esta palabra *alale**. Este es el grito de la victoria.

Nuestras tropas ligeras fueron al alcance del enemigo, y trajeron muchos prisioneros. Los soldados victoriosos erigieron un trofeo; y habiéndose ordenado en batalla á la cabeza de un campo inmediato, dejaron sus armas en tierra; pero con tal orden, que volviéndolas á tomar quedaban al punto formados. Tras esto se reti-

tas tenian palos y correas; y los armados á la ligera, terrones.

* Antiguamente se pronunciaba *alali*, porque la última letra de *alale* se pronunciaba como *i*.

raron al campo, donde despues de haber tomado una comida frugal, pasaron la noche echados en lechos de hojas.

No se omitió ninguna de las precauciones que se toman en tiempo de guerra. Ningun fuego habia en el campo; pero se hizo mas allá, para descubrir las tentativas del enemigo. Se pusieron guardias por la tarde, y se iban relevando en las diferentes vigiliás de la noche. Salió muchas veces de ronda un oficial que llevaba una campanilla en la mano. Al sonido de este instrumento el centinela decia la orden ó la palabra convenida. Esta palabra es una seña que se muda continuamente, y distingue á los de un mismo partido. Los oficiales y soldados la reciben antes del combate, para reunirse en la accion; y antes de la noche, para reconocerse en la oscuridad. Toca al general darla; y el ceder á alguno este derecho, es la mayor distincion que puede hacerle. Comunmente se emplean estas fórmulas: *Júpiter salvador* y *Hércules conductor*; *Júpiter salvador* y *la victoria*; *Minerva-Palas*; *el sol y la luna*; *espada y puñal*.

Ificrates, que no nos habia dejado, nos dijo que él habia suprimido la campanilla en las rondas; y que para ocultar mejor al enemigo la orden, daba dos palabras distintas, una al oficial y otra al centinela, de manera que uno decia, v. g., *Júpiter salvador*, y otro respondia *Neptuno*.

Ificrates pensaba que se debía rodear el campo con una cerca que defendiese las cercanías. Estas, decía, una precaucion que se debe tener por hábito, y que nunca he omitido, aun cuando me hallaba en pais amigo.

Ya veis, añadió, estas camas de hojas. Algunas veces he hecho poner una para dos soldados, y otras veces dos para cada uno. De esta manera, cuando dejo mi campo, viene el enemigo, cuenta las camas; y suponiéndome con mas ó menos fuerzas que las que tengo en realidad, ó no se atreve á embestir, ó me acomete con fuerzas inferiores.

Mantengo la vigilancia de mis tropas excitando por bajo de cuerda terrores pánicos, ora con alertas frecuentes, ora con el falso rumor de una traicion, de una emboscada, ó de un refuerzo llegado al enemigo.

Para impedir que el tiempo de descanso se convierta en ociosidad, les hago abrir fosos, cortar árboles, y trasladar el campo y los bagages de un lugar á otro.

Sobre todo trato de conducirlos por la senda del honor. Estando un dia para dar un combate, ví á dos soldados ponerse pálidos, y les dije en alta voz: si alguno de vosotros ha olvidado algo en el campo, vaya á buscarlo, y vuelva corriendo. Los mas cobardes se valieron de este permiso. Entonces dije á voces: los esclavos han desaparecido, y no han quedado con nosotros mas que

los valientes: Marchamos, y huyó el enemigo.

Ificrates nos contó otras muchas estratagemas que igualmente le habian salido bien. Nosotros nos retiramos á eso de media noche. Al otro dia y en muchos de los siguientes vimos los de á caballo ejercitarse en el liceo y cerca de la academia: se les enseñaba á montar á caballo sin ayuda, lanzar dardos, saltar fosos, trepar á las alturas, correr por una cuesta, á atacarse, perseguirse, á hacer todo género de evoluciones, ya sin infantería, ya con ella.

Timágenes me decía: por buena que sea esta caballería, será batida si viene á las manos con la de los Tebanos. La nuestra no admite mas que un corto número de honderos y tiradores en los intervalos de su línea: los Tebanos tienen tres veces mas, y solo emplean para esto á los Tesalos, superiores en esta arma á todos los pueblos de la Grecia. El suceso justificó la prediccion de Timágenes.

El ejército se preparaba para salir, con lo que muchas familias estaban consternadas, porque los sentimientos de la naturaleza y del amor se renovaban con mas fuerza en los corazones de las madres y de las esposas. Mientras ellas se abandonaban á sus temores, los embajadores que acababan de llegar de Lacedemonia, nos contaban el valor que las Esparciatas habian mostrado en esta ocasion. Un soldado nuevo decía

á su madre enseñándole su espada : « ¡ es dema-
« siado corta ! — Y bien , respondió ella : darás
« un paso mas . » Otra , al dar á su hijo el escudo ,
le dijo : « vuelve con él ó sobre él * . »

Las tropas asistieron á las fiestas de Baco , en
cuyo dia último se hacia una ceremonia , á que
dieron interes las circunstancias . La presenció el
senado , el ejército , un número infinito de ciuda-
danos de todas clases , y de extranjeros de todos
los países . Despues de la última tragedia vimos
presentarse en el teatro un heraldo seguido de
muchos mancebos huérfanos vestidos con armas
brillantes , el cual se adelantó para presentarlos
á aquella augusta asamblea , y con voz firme y
sonora pronunció lentamente estas palabras :
« ved aquí unos jóvenes cuyos padres murieron
« en la guerra despues de pelear con valor . El
« pueblo que los habia adoptado , los ha hecho
« educar hasta los veinte años . Hoy les da una
« armadura completa , los envia á sus casas , y
« les señala los primeros asientos en nuestros
« espectáculos . » Todos los corazones se con-
movieron . Las tropas lloraron de ternura , y
partieron á la mañana siguiente .

* En Esparta era deshonra perder el escudo , y traian sobre él
al soldado muerto en el campo .